

# LAS REVUELTAS DE ALEJANDRIA: PAUTAS DE COMPORTAMIENTO DE UNA MASA URBANA EN EPOCA HELENISTICA

por Fco. Javier GOMEZ ESPELOSIN

## 1. INTRODUCCION

El creciente proceso de urbanización llevado a cabo por Alejandro, primero, y después por sus sucesores en sus respectivos dominios, trajo como consecuencia inmediata la aparición de nuevas entidades urbanas de un cuño algo diferente a las que ya existían antes. Algunas de estas fundaciones alcanzaron un tamaño y unas dimensiones que eran prácticamente desconocidas hasta entonces, como fue el caso de las capitales respectivas de los reinos tolemaico y seleúcida, Alejandría del Nilo y Antioquía del Orontes. Ambas se desarrollaron rápidamente en medio de unos países con territorios rurales extensos y en un contexto que era completamente ajeno al helenismo ya que se trataba de unas culturas milenarias con tradiciones bien asentadas y con una población campesina que mantenía un fuerte sentido de dependencia y vasallaje respecto de un poder centralizado que capitalizaba para sí la mayor parte de los ingresos, procedentes en su mayor parte del trabajo agrícola.

Enseguida comenzó a afluir hacia ellas una fuerte oleada migratoria, procedente tanto del exterior —fundamentalmente macedonios, griegos y judíos— como del propio interior del país. Sin embargo entre ambas corrientes existían importantes diferencias. Mientras que en el primer caso se trataba, por lo general, de una emigración cualitativa, dado que quienes formaban parte de ella entraban a formar parte del servicio real en la corte o como funcionarios en diferentes distritos del país, como contingentes militares o en el peor de los casos como comerciantes, en el segundo eran fundamentalmente los campesinos indígenas que, cansados del agobio y las penalidades que la vida en el campo suponía o atraídos por las expectativas de la vida urbana, acudían en grandes cantidades en busca de un lugar en la capital. Este fenómeno ha venido sucediendo prácticamente desde tiempos inmemoriales y no hay que cifrar únicamente estos poderes de atracción de la ciudad en los incentivos de una mejora económica sustancial, pues muy posiblemente actuaron también entonces otra clase de motivaciones, como el deseo de gozar de las suntuosidades de una corte de gran pompa, como

eran las de Tolomeos y seleúcidas, con sus multitudinarias exhibiciones consiguientes<sup>1</sup>. Este tipo de acontecimientos representaba un importante capítulo de distracciones y las múltiples y variadas posibilidades de contacto con otros ambientes, que un puerto tan internacional como Alejandría representaba por ejemplo<sup>2</sup>, constituían el marco adecuado y sugerente para cumplir ese deseo de escapar al tedio y a la rutina de una vida en el desierto, en la que las limitaciones eran entonces, como ahora, considerables, de cara a proporcionar una existencia apacible y prometedor<sup>3</sup>.

Centrándonos ya sólo en el caso de Alejandría, que constituye el objeto de estas páginas, sabemos que significó el punto de atracción de una gran parte de la población campesina de Egipto, que acudía allí regularmente por diferentes motivos y se negaba luego a volver a sus habituales estancias rurales. Los campesinos prolongaban su estancia en la ciudad y con ello provocaban una baja en la producción agrícola del país, lo cual obligó al monarca a prohibirles permanecer en la capital un tiempo superior a los veinte días y al mismo tiempo a impulsar la creación de tribunales en los distritos rurales, con el objeto de disuadir a su población de que acudieran a Alejandría en busca de justicia<sup>4</sup>. Por otro lado la ciudad también se convirtió en un inmejorable lugar de refugio para todos aquellos que huían del campo perseguidos por la administración real, normalmente a causa de haber incumplido con las elevadas tasas de impuesto establecidas por los funcionarios locales, que resultaban muchas veces imposibles de pagar, aún a costa de un esfuerzo sobrehumano desmedido. Ello provocaba huelgas o

(1) Recuérdense en este sentido las procesiones de coronación y triunfo que tenían lugar en estas dos monarquías, como la organizada por Tolomeo Filadelfo en honor de sus predecesores, de la que tenemos una circunstanciada descripción en Calixeno, conservada en Ateneo V, 196 y ss., en la que al parecer se incluía hasta una procesión de gigantes. Son también ilustrativas en este sentido las célebres *Adoniazousai* de Teócrito, donde se nos describe graciosamente el tráfigo y los encantos de la gran ciudad egipcia. Podemos igualmente obtener una cierta idea de la impresión que Alejandría causaba a sus visitantes a partir de la descripción de Aquiles Tacio, *Leucipo y Clitofonte*, V, 1-2.

Por lo que se refiere al reino seleúcida podemos recordar las célebres fiestas de Dafne organizadas por Antíoco IV en el 166, tras el episodio de Eleusis, en las que se desplegaron todas las galas y magnificencias de la corte, Pol. XXX, 25-26, recogido en Ateneo, V, 194 c y X, 439 b.

(2) Estrabón afirma que se ha convertido en el mercado más grande del mundo habitado, Strab. XVII, I, 13. Sobre la importancia del puerto de Alejandría y su actividad, P. M. FRASER: *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972 (existe reimpresión reciente), I, 21-23 y 130 y ss.

(3) Un fenómeno similar sucede hoy en día en las grandes urbes latinoamericanas o de África, donde la población campesina se hacina de forma miserable en sus suburbios, como resultado del creciente éxodo rural y a causa de la inseguridad reinante en el interior del país, fenómenos ambos que pueden aplicarse muy bien a nuestro caso. Sobre el fenómeno en general P. Y. DENIS: «Undeveloped and depressed regions in the Americas: intervention and Planning», en *Revista Geográfica*, n.º 65, dic. 1966, 109-125 y M. SANTOS: *Geografía y economía urbanas en los países subdesarrollados*. Barcelona, 1973, 81-147. Sobre la tensión campo-ciudad, J. LABASSE: *La organización del espacio*, traducido en I.E.A.L. Madrid, 1973, 539-582.

(4) Aristeas en su carta a Filócrates, 108-111.

deserciones conocidas por el término de *anachoresis*, que si bien culminaban muchas veces en los recintos sagrados de los templos, no debemos descartar en modo alguno que muchos de estos desertores emprendiesen el camino de la capital, donde podrían confundirse fácilmente en medio de la multitud abigarrada que la habitaba, haciendo así prácticamente inviable toda clase de control<sup>5</sup>.

Toda esta clase de gentes debieron ir hacinándose en los suburbios de la capital, dadas sus escasas posibilidades, y se constituyeron así, paulatinamente, en un poderoso elemento perturbador del orden, sobre todo cuando las condiciones de vida en la ciudad empezaron a ser más difíciles y la prosperidad y abundancia que habían caracterizado la vida de Alejandría comenzaron a decrecer de forma notoria, a partir del reinado del cuarto de los Tolomeos, Filopátor<sup>6</sup>. Además la corriente migratoria del exterior debió igualmente comenzar a disminuir según disminuían también los atractivos que la habían impulsado. La pérdida de los dominios exteriores de Egipto en el Egeo, el correspondiente descenso en su comercio, las condiciones económicas más difíciles, la creciente falta de seguridad en el interior del país por las rebeliones indígenas —especialmente avivadas después de la batalla de Raphia y del considerable papel jugado en ella por los contingentes locales— y finalmente la competencia de Pérgamo como centro cultural que acogía a intelectuales y artistas griegos, fueron factores decisivos en este sentido<sup>7</sup>. Si a ello le añadimos la represión emprendida por Tolomeo Fiscón en contra del elemento griego de la población por haber tomado partido en favor de su hermano y rival Tolomeo Filométor, podemos hacernos una idea aproximada de la composición de la población urbana de Alejandría y de cuál de sus componentes iniciales fue adquiriendo mayor importancia numérica<sup>8</sup>. La impresión obtenida por Polibio tras su visita a la ciudad en una fecha posterior al 145 corrobora estas suposiciones, si bien como ha señalado Fraser no hay que concederle más

(5) Sobre la *anachoresis*, F. DUNAND: «L'exode rural en Egypte à l'époque hellénistique», en *Kiema*, 5 (1980), 137-150, esp. 144-145. Sobre las difíciles condiciones de vida en el campo, M. ROSTOVITZEFF: *Historia social y económica del mundo helenístico*, trad. en Espasa. Madrid, 1967, 771 y ss. y Cl. PREAUX: *Le monde hellénistique*. París, 1978, 480-488.

(6) Uno de estos suburbios debió estar situado en la isla de Faros, donde habitaba gran parte de la población indígena, CAES. *Bell. Civ.*, III, 112, 3 *In hac sunt insula domicilia Aegyptiorum et vicus oppidi magnitudini*. Sobre el empeoramiento de las condiciones a partir del reinado de Filopátor, ROSTOVITZEFF, *op. cit.*, 754 y ss. Sobre los problemas monetarios del momento y sus repercusiones, T. REEKMANS: «Economic and Social Repercussions of the Ptolemaic Copper Inflation», *Chronique d'Egypte*, 24 (1949), 324-342. En general E. WILL: *Histoire politique du monde hellénistique*, 2 vol. Nancy, 2.<sup>a</sup> ed., 1982, 105 y ss.

(7) Sobre la situación interior de Egipto ROSTOVITZEFF, *op. cit.*, 756 y ss. Sobre las revoluciones indígenas Cl. PREAUX: «Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides», en *Chronique d'Egypte*, 22 (1936), 522-552, esp. 532 y ss. Sobre la competencia de Pérgamo, FRASER, *op. cit.*, I, 470-471.

(8) Sobre la composición de la población alejandrina, FRASER, *op. cit.*, I, 75 y ss., especialmente sobre el crecimiento del elemento nativo, 81-82.

valor que el de una mera apreciación subjetiva<sup>9</sup>. Nos presenta la población de la capital dividida en tres grandes grupos —*tria gene*—: el elemento nativo egipcio, de temperamento impetuoso y poco adecuado a la vida urbana de la pólis; los mercenarios, muy numerosos e intratables, acostumbrados más a mandar que a recibir ellos órdenes, y finalmente, los propios alejandrinos, que eran, a pesar de su limitación para adquirir de pleno la condición civilizada, a causa de la mezcolanza racial, el elemento superior, pues habían conservado las costumbres de carácter griego<sup>10</sup>. Admitiendo las imprecisiones, prejuicios y deseos de generalizar que puedan existir en esta descripción, no cabe duda que debía estar basada en un trasfondo real a grandes rasgos, como lo confirma la descripción del ejército alejandrino —poco diferenciado en muchos momentos de la población civil, incluso en el campo de la propia terminología empleada para describirlos<sup>11</sup>— que nos ha dejado César en un pasaje de su *Bellum civile*<sup>12</sup>. Habían confluído en él multitud de elementos diversos: así a los veteranos de Gabinio, que habían quedado en el país como guardia de Tolomeo Auletes y se habían egipcionizado de forma considerable al haber contraído matrimonio con indígenas, se venían a añadir desterrados, fugitivos, piratas, e incluso esclavos, que encontraban en Alejandría un refugio fácil y seguro. Además, continúa Cesar, esta tropa estaba habituada a los desórdenes y a participar como un elemento decisivo en el derrocamiento y entronización de los sucesivos monarcas.

De esta forma, este conglomerado heterogéneo de gentes diversas que fue la multitud alejandrina pasó a convertirse en un factor decisivo en la historia del reino tolemaico desde finales del siglo III hasta los días últimos de su existencia como entidad independiente, previos a su caída en manos de Roma. Y ello hasta tal punto que podría decirse que la historia de la ciudad durante el mencionado período estuvo marcada y determinada por su comportamiento. Manipulada muchas veces por la acción consciente de los consejeros reales, que la utilizaban como instrumento decisivo en sus contiendas de palacio, imbuida otras de un fervoroso amor patrio, erigiéndose en defensora de la monarquía frente a la agresión extranjera, la

(9) Pol. XXXIV, 14, 6. Strab. 797 (en la paginación de Casaubon). FRASER, *op. cit.*, I, 61 y 75. Sobre los problemas para dilucidar con precisión la fecha exacta de la visita de Polibio a la ciudad, F. W. WALBANK: *A Historical Commentary on Polybius*, I, Oxford, 1970, 5, n. 10.

(10) Sobre los problemas textuales que presenta el texto, especialmente sobre la calificación de *politikón* al elemento nativo, WALBANK, *op. cit.*, III, 1979, 629.

(11) Así el propio Polibio parece emplear indistintamente los términos *τάπληθη* δ *ἄλλος* οἱ πολλοί para referirse a la tropa y a la masa de la población. Sobre el problema, J. DEININGER: *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.* Berlín-Nueva York, 1971, 16-18. Véase también la revisión de P. S. DEROW al libro de DEININGER en *Phoenix* (1972), 305. WALBANK, *op. cit.*, II, 490, n. 4 y A. JAHNE: «Politische Aktivitat der Bevölkerung Alexandrias am Ende des III Jh. v.u.Z. (nach Polybios)», en *Klio*, 58 (1976), 419. Sobre su empleo haciendo referencia al pueblo, P. BRIANT: *Antigone le Borgne*. París, 1973, 305-307 y 316-319.

(12) CAES. *Bell. Civ.*, III, 110.

multitud urbana de Alejandría representa el ejemplo más claro de una masa urbana a la que quepa calificar con tal denominación, poco adecuada para otros contextos de una menor entidad, durante buena parte del mundo antiguo, que manifestó su poderío como tal por medio de continuas algarabías y tumultos que desembocaron, muchas veces, en verdaderas revueltas, haciendo necesario, por tanto, que se contase en la lucha por el poder con el apoyo y el favor de tan inestable elemento<sup>13</sup>. Es por ello que nos ha parecido interesante el tratar de establecer las pautas de conducta de semejante colectivo, así como los resortes que le impulsaron a actuar en una manera determinada, con la finalidad de contribuir a esclarecer algo más determinados momentos de la historia de una ciudad, que como Alejandría tuvo tan gran significación en el desarrollo de la cultura antigua.

## 2. EL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

La historia de la ciudad a partir de los últimos días del reinado de Filopátor y de los primeros de su sucesor Epífanés fue la de una continuada intervención de la multitud urbana en los asuntos de palacio, que de esta forma, como señala Cl. Préaux, descendieron a la calle<sup>14</sup>. Prácticamente sin interrupción hasta los días finales de la dinastía se fueron sucediendo las intervenciones populares en cada uno de los diferentes reinados, llegando a alcanzar en algunos de ellos, como los de Fiscón o Cleopatra VII, las dimensiones de una verdadera guerra abierta contra el ocupante del trono. Nos disponemos, por tanto, a desgranar ahora una a una estas rebeliones populares, con el objeto de fijar el adecuado marco histórico sobre el que más adelante trataremos de ejercer nuestra reflexión en el sentido anteriormente apuntado.

### a) *La revuelta contra Agatocles*

Sin duda ninguna la primera intervención de la multitud alejandrina de la que tenemos noticia es la que tuvo lugar en el 203 en contra del consejero real de Tolomeo IV y tutor por tanto de su sucesor, Agatocles. Conocemos los hechos con cierto detenimiento gracias al testimonio de Polibio, que le dedica a lo sucedido un buen número de páginas<sup>15</sup>.

(13) Posteriormente al período que nos ocupa hubo también nuevas intervenciones tumultuarias de la masa urbana, así, por ejemplo, en el 215 d. C., P. O. P. BENOIT y J. SCHWARTZ: «Caracalla et les troubles d'Alexandrie en 215 ap. J.C.», en *Etude de papyrologie* 7 (1948). Otro buen ejemplo lo constituye la masacre de Hipatia en el 415, Sócrates Escol. VII, 15.

(14) Préaux, *op. cit.*, 390.

(15) Pol. XV, 25-33. Posiblemente hay que buscar sus fuentes entre los historiadores alejandrinos, cuyas dos tendencias debió tener a la vista. Es también probable que pudiese contar con la ayuda de testimonios orales dada la proximidad cronológica de los acontecimientos, y que opusiera esta versión a la de las fuentes literarias mencionadas. P. PEDECH: *La méthode historique de Polybe*. París, 1964, 353-354. Sobre la

Los acontecimientos se desencadenaron por la decidida toma de partido de la guardia real macedonia en contra de Agatocles, aprovechando el amplio descontento popular existente en la ciudad. Los motivos del mismo es muy posible que haya que buscarlos en las deficientes condiciones económicas del momento, sobre todo en comparación con la prosperidad de los primeros reinados, debidas al inicio de la decadencia del comercio exterior que arrastró consigo la merma considerable de los dominios de ultramar. No hay que olvidar el papel que desempeñaba Alejandría como depositaria principal de la riqueza tolemaica, tanto de la que procedía de sus dominios interiores en los graneros reales, como de la que proporcionaba su floreciente comercio exterior<sup>16</sup>. Desde la corte se organizaba y centralizaba toda la actividad económica del país y aquélla constituía además uno de los principales clientes de la industria y el comercio alejandrino, en el que se ocupaba al parecer una gran parte de la población, según se deduce de los numerosos nombres de oficios que se practicaban en la ciudad<sup>17</sup>. Además resulta imaginable pensar que las actividades portuarias dieran trabajo a una gran cantidad de gente y hubiese desarrollado toda una infraestructura de servicios que ahora empezaba a peligrar<sup>18</sup>. De esta forma la gran mayoría de la población de la ciudad se beneficiaba de la prosperidad del reino y por tanto cuando comenzaron a sentirse los primeros síntomas de decadencia en este sentido sus efectos debieron dejarse sentir de forma indefectible en ella. Cl. Préaux ha resumido de forma acertada esta situación con la fórmula «Alexandrie vit en symbiose avec le roi»<sup>19</sup>.

Existieron, sin embargo, igualmente otras motivaciones, como el asesinato de Arsínoe, la reina madre, que gozaba del favor popular y contaba, al parecer, con numerosos partidarios en la corte<sup>20</sup>. La eliminación progresiva de la mayor parte de éstos por obra de Agatocles y su camarilla, supuso el enfrentamiento frontal con Tlepólemo, un antiguo estratega de Tolomeo IV que se había retirado de la actividad política de la corte. Sin embargo el cariz que los acontecimientos iban tomando le llevó a poner de su parte todas las medidas para el derrocamiento de Agatocles. Su prestigio entre la tropa, muy superior al de aquél, que además se había granjeado la hostilidad general por su comportamiento depravado, y su buena disposición estratégica por la que controlaba todos los accesos a la capital y era por

---

identificación de su fuente con Tolomeo de Megalópolis, que según Ateneo VI, 246 c escribió historias escandalosas sobre el reinado de Filopátor, R. VON SCALA: *Die Studien des Polybios*. Stuttgart, 1980, 263 y ss., y WALBANK, *op. cit.*, II, 493.

(16) Sobre los productos alejandrinos, PREAUX, *op. cit.*, 500-510.

(17) A. CALDERINI: *Dizionario dei nomi geografici e topografici del Egitto greco-romano*. El Cairo, 1935, s. v. «Alexandria». También FRASER, *op. cit.*, I, 132 y ss.

(18) PREAUX, *op. cit.*, 497.

(19) PREAUX, *op. cit.*, 510.

(20) Su culto es el único que tenemos atestiguado de un miembro de la casa real para el que existió una espontaneidad general, FRASER, *op. cit.*, I, 118. Una muestra del carisma del que gozaba la encontramos en Pol. V, 83,3, donde aparece arengando a las tropas en la batalla de Rafia.

tanto el dueño absoluto de sus suministros, le facilitaron las cosas enormemente. De esta forma, mediante misivas a sus partidarios en el interior de la ciudad consiguió que el descontento estallase al fin en revuelta abierta contra Agatocles<sup>21</sup>. El propio comportamiento de éste avivó todavía más la ira popular en su contra mediante algunas acciones aisladas pero significativas, como el trato cruel recibido por la suegra de Tlepólemo, sacada a la fuerza de un santuario de Deméter, o la tortura de algunos miembros de la guardia macedonia, como el caso de Merágenes, y acabó por cerrar del todo el cerco en su entorno<sup>22</sup>. Tras un intento desesperado de salvarse, amparándose en la persona del rey niño Tolomeo Epífanés, fue apresado por la guardia y entregado posteriormente a la multitud, que de una forma ensañada y cruel le dio muerte junto a sus familiares y amigos<sup>23</sup>.

#### b) *La rebelión contra Filométor*

El reinado de Tolomeo VI Filométor fue también escenario de las intervenciones tumultuarias de la multitud alejandrina. La presencia de su hermano y rival, Tolomeo VIII Fiscón, y la invasión que sufrió Egipto por parte del monarca seleúcida Antíoco IV, fueron los dos factores que propiciaron el levantamiento popular. Las rivalidades internas de la corte jugaron también en esta ocasión un papel determinante. Los consejeros Euleo y Leneo fueron sustituidos por el nuevo tándem formado por Comano y Cineas, aprovechándose éstos últimos del creciente desprestigio de Euleo a causa de su fracaso en la campaña siria —para la que, además, había vaticinado una fácil victoria—, y de su presunta instigación en la huída de Filométor a Samotracia. Por otra parte se atribuía también a Euleo el intento de arreglo con Antíoco, sirviéndose de intermediarios griegos que había en Alejandría en esos momentos<sup>24</sup>.

Todas estas circunstancias inclinaron la balanza en favor de Tolomeo Fiscón que fue así proclamado rey en ausencia de su hermano, que se hallaba al parecer negociando con Antíoco<sup>25</sup>. Posiblemente las expectativas del rey sirio no eran otras que las de situar en el trono de Egipto un monarca cliente, sometido a sus dictámenes y sobre el que podría ejercer una fácil influencia<sup>26</sup>. Estas pretensiones provocaron el surgimiento de una fuerte

(21) Pol. XV, 25, 20 y ss.

(22) Sobre el asunto de la suegra de Tlepólemo, Pol. XV, 27, 2-3; sobre Merágenes, Pol. XV, 27, 5 y ss.

(23) Pol. XV, 33.

(24) Sobre Euleo y Leneo, O. MORKOLM: «Eulaios and Lenaios», en *Class. et Mediaev.*, 22 (1961), 32-43. Sobre los nuevos regentes Comanos y Cineas, Morkolm, art. cit., 39-40 y WILL, *op. cit.*, II, 318-319.

Sobre las relaciones con Antíoco y su carácter, E. GRUEN: *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, Berkeley, 1984, 653.

(25) Pol. XXVIII, 18-23; y XXIX, 23. Sobre las dificultades de datación precisa, WALBANK, *op. cit.*, III, 396 y WILL, *op. cit.*, II, 318.

(26) Liv. XLV, 11, 8. Sobre las pretensiones de Antíoco y la tradición de su coronación en Menfis, A. AYMARD: «Tutelle et usurpation dans les monarchies hellénistiques», *Aegyptus*, 32 (1952), 85 y ss., y WILL, *op. cit.*, 319.

reacción de carácter patriótico y nacionalista por parte de la multitud alejandrina ante la posibilidad de verse sometidos a una dominación extranjera. Parecen confirmarlo así hechos como la reacción del propio Antíoco ante la reconciliación de los dos hermanos, que significaba el fin de sus esperanzas en este sentido, y quizá también el testimonio de los archivos de Hor, en los que se menciona a una Alejandría salvada y al rey y a sus descendientes reinando en paz<sup>27</sup>. En este mismo sentido hay que destacar igualmente el fracaso del noble egipcio Dionisio Petosarapis en su intento de promover una rebelión contra la monarquía, tratando de sacar partido de las disensiones que existían entre los dos hermanos. Cuando ambos aparecieron en público, demostrando así que entre ellos reinaba la concordia, la multitud abandonó en su tentativa a Dionisio, que se vió, de esta forma, obligado a retirarse hacia el interior del país<sup>28</sup>. Una vez más quedaba patente el deseo de conservar la monarquía por parte de los alejandrinos en aparente contradicción con lo que sucedía en esos momentos en el resto del país, donde continuaban las rebeliones indígenas que se habían iniciado tras el reinado de Filopátor, teniendo en cuenta que las ya de por sí desfavorables condiciones económicas del país se habían visto agravadas ahora por la invasión seleúcida<sup>29</sup>.

### c) *Las rebeliones contra Fiscón*

Las disensiones entre los dos hermanos volvieron a estallar de nuevo tras la victoria obtenida sobre los rebeldes de Dionisio y como resultado de las mismas Filométor se vio obligado a abandonar el país y a acudir a Roma en busca de apoyo para su causa<sup>30</sup>. Sin embargo a pesar de haber contado inicialmente con el favor popular, enseguida comenzó a manifestarse un cierto descontento en su contra, motivado, sobre todo, por el trato dispensado a los partidarios de Filométor, entre los que se contaban, de forma especial judíos y griegos, si atendemos a las medidas de represión que fueron tomadas contra ambas comunidades por Fiscón tras su retorno al poder en el 145 con ocasión de la muerte de su hermano<sup>31</sup>. La revuelta se

(27) F. DUNAND: «Grecs et Egyptiens en Egypte Lagide. Le problème de l'acculturation», en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società*, Scuola Normale Superiore e Ecole française de Rome. Pisa-Roma, 1983, 59.

(28) Diod. XXXI, 15 a. Sobre la fecha de la revuelta, FRASER, *op. cit.*, II, 212, n. 218. WALBANK, *op. cit.*, III, 468, sugiere los comienzos del 160.

(29) ROSTOVITZ, *op. cit.*, 768. PREAUX: «Esquisse», 540-541, describe las condiciones socio-económicas en las que surgió esta rebelión como «une société à bout de souffrance». Otra opinión sobre el carácter de estas rebeliones en W. PEREMANS: «Les révolutions égyptiennes sous les Lagides», en *Das Ptolemaische Aegypten*. Maguncia, 1978, 39-50.

(30) Diod. XXXI, 18; Val. Max., V, 1. Sobre la fecha de su expulsión, FRASER, *op. cit.*, II, 213, n.º 221. Sobre su actividad en Roma, GRUEN, *op. cit.*, 694-695.

(31) Sobre la situación de los judíos, E. M. SMALLWOOD: «The Jews in Egypt and Cyrenaica during the Ptolemaic and Roman Periods», en *Africa in Classical Antiquity*, Thompson y Ferguson (eds.), Ibadan 1969, 113-114. Sobre el politeuma judío, SMALLWOOD: «Social Conflict in Alexandria», *Akroterion*, 21 (1976), 4 y FRASER,

inició como resultado de la indignación producida por las acciones de Timoteo, que había sido el responsable directo de la muerte de muchos de los partidarios de Filométor, y entre ellos de un tal Antípatro, al que se hace especial referencia en uno de los fragmentos de Diodoro<sup>32</sup>. La multitud arrebató su guardia al rey y dio muerte a Timoteo.

Fiscón, sin embargo, contaba con una importante base de apoyo entre la población de la capital, como lo muestra el que fuese llamado de nuevo al trono a la muerte de Filométor. Es muy posible que quien apoyó su regreso fuese la multitud alejandrina, en la que iba predominando cada vez con más fuerza el elemento nativo egipcio, si bien no debemos descartar la presencia en la misma de numerosos elementos de origen griego y de otras procedencias, que se habrían ido mezclando entre sí hasta llegar a formar un colectivo heterogéneo y de muy dispares características. Fue sin duda en este sector de la población en el que se empezaron a dejar sentir primero los resultados del creciente proceso de egiptianización que se había iniciado ya en los momentos finales del reinado de Filopátor, como señala Peremans<sup>33</sup>. El término que emplea Justino para calificar a sus partidarios —*populares*— parece apuntar igualmente en esta dirección, si bien somos conscientes de las dificultades que entraña la atribución de conceptos como éste, extraídos de una situación diferente en el plano político y social<sup>34</sup>. Existe además una cierta coincidencia con el ya citado fragmento de Polibio sobre la población de la ciudad, cuando nos indica que fue el tercero de los grupos que describe —el formado por los alejandrinos— el que sufrió de forma más directa las consecuencias de la represión de Fiscón a causa de las frecuentes revueltas que emprendían en contra suya<sup>35</sup>. El texto de Justino, que nos informa con más detalle de la política de terror emprendida por Fiscón, concediendo carta blanca a sus mercenarios, que hicieron así grandes estragos entre este sector de la población, parece referirse a ello cuando indica *non mitior fuit in populares*, llegando a provocar con ello una huida de la población en masa hasta el punto que se hizo necesario requerir la presencia de extranjeros para colmar el vacío<sup>36</sup>.

En la decisión de Fiscón debieron mediar poderosas razones de índole económica ante la escasez de fondos en el tesoro real, como lo muestra el que uno de sus generales, Híerax, tuviese que pagar la soldada a sus tropas de su propio bolsillo, para de esta forma evitar su defección durante la sublevación encabezada por Galaistes<sup>37</sup>. También con este objetivo la

*op. cit.*, I, 55-57. También Ch. A. ALBERRO: *The Alexandrian Jews during the Ptolemaic Period*, Ann Arbor, Michigan, 1977, 56-99.

(32) Diod. XXXI, 17 c.

(33) PEREMANS: «Ptolomee IV et les Egyptiens», en *Hommage à Cl. Préaux*. Bruselas, 1978, 393. FRASER, *op. cit.*, I, 51 y ss.

(34) Just. XXXVIII, 8, 2. E. SALOMONE: *Fonti e valore storico di Pompeo Trogo (Just. XXXVIII, 8, 2-XL)*. Pubbl. dell'Ist. di Storia Antica e Scienze aux. dell'univ. di Genova, XI. Génova, 1973; 16.

(35) Pol. XXXIV, 14, 4 y ss. Strab. XVII, 1, 12 (C. 797).

(36) Just. XXXVIII, 8, 6.

(37) Diod. XXXIII, 20.

provisión de recursos— debieron llevarse a cabo las confiscaciones de bienes a las que alude Diodoro<sup>38</sup>, si bien no debemos olvidarnos de los deseos de venganza que Fiscón debía albergar contra todos aquellos que se habían opuesto a su regreso al trono, ni tampoco del parcial punto de vista adoptado por nuestras fuentes, todas ellas de procedencia griega, comunidad a la que sus medidas habían castigado con especial dureza<sup>39</sup>. El hecho de que el propio rey intentase rehabilitar su imagen por medio de sus propias memorias, de cuya existencia tenemos noticias<sup>40</sup>, puede ser un buen indicio de hasta qué punto la visión de su reinado que nos han transmitido los testimonios que conservamos puede ser sometida a cierta caución por nuestra parte.

A todo lo anterior se vino a sumar también la indignación suscitada por el trato dispensado a la familia de su hermano y sus particulares arreglos matrimoniales. Se había casado con la viuda de Filométor, Cleopatra II, para posteriormente repudiarla y volverse a casar con la hija de aquélla, Cleopatra III, a la que al parecer había violentado previamente. La respuesta violenta de la multitud no se hizo esperar y la revuelta estalló en el 131, obligando a Fiscón a escapar a Chipre, después que su palacio hubiese sido incendiado<sup>41</sup>. Detrás de estos disturbios, como promotora, debió jugar un papel decisivo Cleopatra II, que fue además proclamada como reina por los alejandrinos tras la huida de Fiscón. Como venganza ante ello, éste descuartizó a Tolomeo Menfita, hijo que tenía en común con Cleopatra II, y se lo envió como presente, reclutando a continuación un ejército mercenario con el que comenzó una guerra contra Egipto. Estas acciones provocaron la reacción violenta de la multitud, que derribó todas sus estatuas de la ciudad<sup>42</sup>.

La actitud de Fiscón comenzó sin embargo a cambiar de forma ostensible y trató por todos los medios de recuperar el apoyo perdido entre los alejandrinos, que eran la fuerza que lo había llevado al poder inicialmente. Son buena muestra de ello su liberación sin rescate del estratega que los alejandrinos habían enviado en su contra, Marsias, cuando lo hubo hecho prisionero y la promulgación de una serie de *philánthropa* tras su nuevo retorno al poder, que favorecían a la población urbana<sup>43</sup>. Estas circunstancias unidas a la reconciliación del trío real en el 124 y el establecimiento de un decreto de amnistía en el 118, sirvieron para

(38) Diod. XXXIII, 6.

(39) Ateneo IV, 184 c., donde se recoge el calificativo despectivo con el que los alejandrinos llamaban a Fiscón (Kakergétes). De la quema de un gimnasio tenemos noticias en Val. Max. IX, 2, 5. Sobre la posible exageración de estas medidas, FRASER, *op. cit.*, I, 86.

(40) F. JACOBY: *FGrHist*, II, D, n.º 234 Ptolemaios 658. Una valoración más positiva de Fiscón en W. W. TARN y G. T. GRIFFITH: *La civilización helenística*, traducido en Méjico, 1969, 151.

(41) Liv. Períoch. 59.

(42) Just. XXXVIII, 8, 12; Val. Max. IX, 2, 5 y Diod. XXXIV/XXXV, 14.

(43) Diod. XXXIV/XXXV, 20. FRASER, *op. cit.*, I, 122.

restablecer de nuevo el orden en la capital y abrir así un nuevo período en su mandato, en el que la tranquilidad parece haber sido la nota dominante en la capital ante la ausencia de noticias sobre cualquier nuevo conflicto en nuestra documentación, permaneciendo así hasta el final de sus días como soberano<sup>44</sup>. Debió imponerse muy posiblemente el deseo mayoritariamente sentido de devolver a la ciudad y al país —en cuyo interior todavía persistían los problemas internos— un poder central unificado y fuerte que pudiera favorecer de nuevo el desarrollo económico que había significado en otros tiempos la riqueza de la corte, del país y en consecuencia la prosperidad y abundancia en la capital.

#### d) *Las rebeliones contra los hijos de Fiscón*

Cleopatra III había quedado a la muerte de Fiscón en el 116 como la dueña absoluta de la situación, sin embargo debía optar entre sus dos hijos sobre cuál de ellos la acompañaría en el trono. El mayor, Tolomeo Soter II, gozaba del respaldo popular y era por ello el preferido por la multitud, pero las hábiles intrigas de Cleopatra supieron darle la vuelta a la situación provocando una revuelta en su contra al haber fingido ser víctima de una conjura por su parte. De este modo Soter II debió escapar a Chipre en el 107, dejando en el trono a su hermano Tolomeo Alejandro, quien al parecer resultaba mucho más fácil de manejar y era por ello el preferido de Cleopatra<sup>45</sup>.

Las cosas sin embargo no resultaron tal y como las había planeado y Alejandro, atemorizado y receloso ante las ambiciones de su madre, la asesinó en el 101, con lo que pasó a reinar en solitario hasta que una nueva revuelta, en la que se nos indica expresamente que participaron de forma conjunta la multitud y las tropas, lo expulsó del trono en el año 89. Alejandro consiguió, sin embargo, hacerse de nuevo con el poder con ayuda de un ejército de mercenarios que había reclutado en Siria hasta que finalmente fue derrocado por una nueva revuelta, cuyo principal motivo fue al parecer la indignación popular que Alejandro había provocado al pagar a sus tropas con oro procedente del sarcófago de Alejandro, que había fundido previamente<sup>46</sup>. Su hermano Soter II fue llamado de nuevo a la capital y hasta el final de sus días debió saber cómo conservar el favor de la multitud, como lo atestigua la popularidad de que gozaba su esposa Berenice III<sup>47</sup>.

(44) Sobre el decreto de amnistía, ROSTOVTZEFF, *op. cit.*, 945 y ss. Bibliografía sobre el mismo en FRASER, *op. cit.*, II, 218, n. 244.

(45) Paus. I, 9, 1-13 y Just. XXXIX, 3, 1.

(46) Porph. en *FGrHist* 260 F 2(8) y Just. XXXIX, 5, 1. También Strab. C. 794. Sobre el asunto, FRASER, *op. cit.*, I, 123.

(47) Cic. *Reg. Alex.* fr. ap. Ascon = Fr. 9 Müller. *atque illus etiam constare video, regem illum, cum reginam soronem suam, caram acceptamque populo, manibus suis trucidasset interfectum esse impetu multitudinis.*

e) *La rebelión contra Tolomeo Alejandro II*

Cuando en el año 81 murió Soter II, Sila situó en el trono de Egipto a un hijo de Alejandro, prisionero de Mitrídates VI que había conseguido escapar a su campamento. Sin embargo su permanencia en el poder fue de muy corta duración pues a los diecinueve días de reinado fue sacado de palacio por la multitud y conducido al gimnasio de la ciudad, donde lo asesinaron. Nuestras fuentes nos aportan dos motivaciones diferentes de la revuelta en su contra, que pudieron muy bien ser complementarias. Por una parte Apiano menciona el comportamiento ofensivo del monarca, que confiaba en exceso en el respaldo de su valedor Sila, y por su lado Eusebio alude al asesinato perpetrado en la persona de Berenice, con quien se había casado, como el detonante principal de los hechos<sup>48</sup>. No olvidemos la popularidad de esta última, así como tampoco la participación de las tropas en la rebelión contra su padre, factores ambos que debieron representar un «handicap» casi insuperable en la práctica para llevar a buen puerto un reinado que, además, había sido impuesto desde fuera, y no debía por ello aparecer ante los ojos de los alejandrinos, que ya anteriormente habían hecho gala de un notable sentimiento patriótico, con muy buenos auspicios.

f) *La rebelión contra Tolomeo Auletes*

Tras el asesinato de Alejandro II los alejandrinos entronizaron a un hijo ilegítimo de Soter II, al que se conocía popularmente bajo el sobrenombre de Auletes —el flautista—. Sin embargo enseguida comenzaron a deteriorarse sus relaciones mutuas y en el año 58 estalló una revuelta que lo expulsó de la ciudad<sup>49</sup>. Las causas que motivaron el descontento popular y dieron pie a la revuelta estuvieron, al parecer, centradas en el comportamiento del monarca, que estaba pasando a convertirse en un mero peón romano. Había iniciado una serie de exacciones de dinero entre la población con el fin de recaudar los fondos que precisaba para responder de los compromisos contraídos de cara a obtener el apoyo romano y se había negado, además, a reclamar de éstos la posesión de Chipre, con lo que había suscitado en su contra poderosas razones de tipo patriótico que ya se habían puesto de manifiesto en anteriores ocasiones. Por otro lado parece que jugaron un papel destacado en la promoción de los disturbios cierta clase de organizaciones ya establecidas de carácter antirromano a las que alude Dión Crisóstomo. Muy posiblemente se trataba de miembros de la aristocracia alejandrina deseosos de conservar la independencia nacional, como bien apunta Fraser<sup>50</sup>.

En este sentido parece que hay que entender los intentos desesperados de reforzar la dinastía mediante la búsqueda de un consorte apropiado para la reina Berenice, primero en la persona de un tal Seleuco y después en la de

(48) App. *BC*, I, 102 y Eus. *Chron.* I, 166 (ed. Schoene).

(49) Dio. *Cas.* XXXIX, 12-16.

(50) Dio *Christ. Orat.* 32, 70. FRASER, *op. cit.*, II, 170-171, n. 354 y I, 90.

un noble pónico llamado Arquelao, con la intención de evitar de esta forma que se completase la decadencia lágida y el reino cayera definitivamente en manos de Roma. Una buena muestra del antirromanismo que se vivía en Alejandría en esos momentos es la anécdota que relata Diodoro acerca del linchamiento de un soldado romano que había pisado un gato, dando lugar a un posterior tumulto<sup>51</sup>. El propio Auletes, consciente de esta hostilidad, cuando fue repuesto en el trono por Gabinio formó su guardia personal con los legionarios romanos que éste le proporcionó, dando así una muestra inequívoca de la desconfianza existente con relación a la milicia local.

#### g) *La rebelión contra Cleopatra VII*

A la muerte de Auletes en el 51 se hizo cargo del poder su hija Cleopatra VII, compartiendo el trono con su hermano menor Tolomeo XIII. Sin embargo la decidida política prorromana de la reina, que había puesto de manifiesto mediante su envío de ayuda a Pompeyo antes de la batalla de Farsalia, y las intrigas de los tutores de su hermano, los consejeros Potino y Teodoto, levantaron en su contra el clamor popular que tuvo como resultado una revuelta, viéndose obligada Cleopatra a huir a Siria<sup>52</sup>.

No resulta muy creíble pensar, como hace Fraser, en una mera intriga cortesana, basándose en el testimonio de Aurelio Victor en este sentido y en el de Apiano, que parece atribuir la responsabilidad de la ayuda de Pompeyo a los dos hermanos y por ello el descontento suscitado lo habría sido contra ambos<sup>53</sup>. Sin embargo apuntan más bien en el otro sentido —el de una intervención más de la multitud en los asuntos de palacio— la ya larga tradición en este respecto que nos hace muy difícil pensar que la multitud asistiese impávida ante una lucha interna de la corte sin tomar un partido declarado y por otro lado la corta edad de Tolomeo, a la que además hace referencia explícita el propio Apiano, lo que nos lleva a pensar que se le disculpase plenamente de toda responsabilidad haciendo recaer toda la culpa en su hermana. Los acontecimientos posteriores parecen reforzar esta suposición si nos atenemos al favor popular mostrado hacia el joven Tolomeo y la hostilidad general hacia la persona de Cleopatra.

#### h) *La rebelión contra César*

La última manifestación evidente del poderío de la multitud urbana de Alejandría tuvo lugar en el año 48 con ocasión de la llegada de César a Egipto para respaldar a Cleopatra VII, provocando con su intervención una verdadera guerra civil en el país, ya que la población local se había decantado de forma mayoritaria por Tolomeo XIII. Conocemos con cierto

(51) Diod. I, 83, 8.

(52) Strab. C. 796.

(53) Aur. Vict. *De Vir. III*, 86 y App. *BC*, 2, 296. FRASER, *op. cit.*, II, 227, n. 285.

detalle el desarrollo de los acontecimientos gracias al testimonio de primera mano del propio César en su *Bellum civile*, y su continuación en el *Bellum Alexandrinum*, y al extenso relato de Dión Casio, que narra los hechos con cierto detenimiento<sup>54</sup>. Aunque existen entre ambas fuentes importantes divergencias sobre numerosos aspectos de lo ocurrido, muestran sin embargo también importantes coincidencias en algunos puntos capitales de los hechos<sup>55</sup>.

En primer lugar sobre el motivo concreto que suscitó el levantamiento. Tanto César como Casio mencionan como detonante directo de los disturbios el que César se hubiese hecho preceder por los lictores en su desembarco, hecho que fue considerado un menosprecio evidente hacia la majestad real a los ojos de los alejandrinos. La multitud comenzó a agolparse contra los romanos obligando a César a retirarse a palacio y perdiendo en el camino a muchos de sus soldados.

Muestran también una significativa coincidencia ambas fuentes en resaltar el importante papel que desempeñó el eunuco Potino como promotor de la rebelión. A este respecto debemos recordar que ya había jugado un papel decisivo en la expulsión de Cleopatra y es posible que volviese a aprovechar su ascendiente en este sentido. Son igualmente ilustrativos de la importancia real de este personaje los intentos del propio César por tratar de presentar la guerra como un complot urdido por la camarilla real, y no por el rey, y su posterior asesinato por orden suya.

La rebelión, sin embargo, prosiguió aún después del asesinato de Potino, y solamente concluyó cuando César, a pesar de haber conseguido el triunfo militar, situó en el trono a los dos hermanos. Ya con anterioridad había intentado sin éxito conciliarlos, pues era consciente de la popularidad del joven Tolomeo y por ese motivo le retenía en su poder, frente a la hostilidad de que era objeto Cleopatra. Aún contando con la importancia de la agitación de la camarilla real, en la rebelión existieron de nuevo poderosas motivaciones de índole patriótica y nacionalista. El apego que ya había mostrado la multitud en anteriores ocasiones hacia los reyes, quedó otra vez más patente en este caso, como lo muestra la utilización del joven Tolomeo por parte de unos y otros y el notable incremento producido en el ánimo y moral de combate de los sublevados cuando un miembro de la dinastía, la hermana menor de Tolomeo Arsínoe, consiguió escapar al campo egipcio<sup>56</sup>. Pero existen también otros datos que refuerzan esta idea, como es la masiva participación de la población en los disturbios, sin distinción aparente de clases o estamentos. Los amos sostenían a sus propios esclavos y en asambleas y reuniones los líderes llevaban a cabo una continua labor de agitación<sup>57</sup>. A esto hay que añadir la peculiar composi-

(54) Dio. Cas. XLII, 4 y ss. y Caes. *Bell. Civ.*, 106 y ss. y *Bell. Alex.*, I-XXXIII.

(55) Un buen estudio de las fuentes en J. ANDRIEU: *La Guerre d'Alexandrie*. Ed. Budé. París, 1954, XLIII y ss.

(56) Dio. Cas. XLII, 39, 2.

(57) *Bell. Alex.* II, 2 y III, 2-4: *Atque haec principes in consiliis contionibusque agitabant.*

ción del ejército alejandrino, ya comentada anteriormente<sup>58</sup>. Parece lógico pensar que ante la perspectiva de pasar a depender del dominio de Roma, bien de forma directa o a través del gobierno de Cleopatra, este variopinto ejército se sumase decididamente a la rebelión contra César, a la vista de las consecuencias negativas que tal acontecimiento podría representar para sus peculiares intereses. No hay que olvidar tampoco el temor existente al castigo entre los desertores romanos y los gabinianos, concededores como eran de primera mano del trato dispensado a los mismos dentro de la disciplina militar romana.

### 3. PAUTAS DE COMPORTAMIENTO: ALGUNAS CLAVES PARA SU DEFINICION

Después de la exposición sucinta de los hechos nos disponemos a abordar algunas de las claves fundamentales que definen el comportamiento de una multitud, siempre teniendo a la vista las lagunas considerables que existen en nuestra documentación, lo que viene a significar una limitación evidente en nuestro análisis. Por otro lado no disponemos tampoco de testimonios directos en la forma de encuestas sobre los participantes o de informes extraídos de una observación «in situ», recursos ambos que tan gran importancia tienen en los modernos estudios de psicología social y más en concreto en este área de la disciplina como es el comportamiento, muchas veces agresivo, de las grandes masas<sup>59</sup>. En nuestro caso, además, por tratarse de una multitud muy heterogénea en su composición, hecho que ya ha sido resaltado varias veces a lo largo de estas páginas, y de la que desconocemos en gran medida el punto de fusión que alcanzaron sus componentes sociales —que todavía se agrava más con consideraciones de índole étnica por tratarse de una sociedad colonial—, debemos basar todas nuestras consideraciones al respecto en el testimonio exclusivo de los historiadores —ya de por sí bastante fragmentario y maltrecho—, pero sin olvidarnos en ningún momento de cuál debió ser su óptica en la consideración de hechos, tales como los que aquí nos interesan.

Para empezar se trataba de griegos que no debieron contemplar con muy buenos ojos el proceso de fusión operado en la población de la ciudad, especialmente en sus capas más bajas, por lo que ello significaba de detrimento considerable en la helenidad del reino. Los comentarios de Polibio sobre los propios alejandrinos son una buena muestra de lo que decimos<sup>60</sup>. Pero es que además es muy probable que se diese también una toma de posición partidista en los informadores locales, sobre todo en un

(58) *Caes. Bell. Civ.*, III, 110 y *Bell. Alex.* XXIV.

(59) S. MILGRAM y H. TOCH: «Collective Behavior: Crowds and Social Movements», en G. Lindzey G. y Aronson E. (eds.), *Handbook of Social Psychology*, Addison Wesley Mass. 1969, 524-536.

(60) Véase n.º 35.

entramado tan complejo como fue el de la corte tolemaica, a partir del reinado del cuarto de los Tolomeos, Filopátor. La hostilidad que nuestros testimonios dejan traslucir hacia las personas de algunos de los consejeros reales, como sucede con Agatocles, Euleo, Timoteo o Potino, es, sin duda, el reflejo de una clara toma de partido en la lucha política interna de la corte, cuyo eco ha encontrado resonancia en nuestras fuentes. Algo similar sucede con el caso, ya comentado, de Tolomeo Fiscón, que intentó contrarrestar esta imagen deteriorada mediante la publicación de sus memorias. Y por último debemos, una vez más, recordar la escasa comprensión y simpatía que movimientos populares, como los que aquí nos ocupan, aun desprovistos de características claramente revolucionarias, podían encontrar en unas personas —nuestros historiadores— cuya procedencia hay que buscarla siempre entre los estamentos sociales superiores o dominantes<sup>61</sup>.

Los estudios de psicología social han progresado de forma considerable desde que uno de sus valedores principales, el francés Gustave Le Bon, estableciera sus fundamentos. Sin embargo sus apreciaciones y análisis sobre las pautas que rigen el comportamiento agresivo de las multitudes nos ofrecen un buen marco general de referencia y explicación para muchos de los fenómenos históricos en los que aquéllas han sido sus protagonistas especiales y destacados. Sin duda en la base de sus concepciones subyace una idea algo rudimentaria de la personalidad, a la que presenta escindida en dos partes claramente diferenciadas. Por un lado estaría el estrato consciente superficial, donde se localizarían las diferencias existentes entre los individuos, y por otra una parte inconsciente, que en lo fundamental es similar en todas las personas<sup>62</sup>. Sin embargo algunas de las pautas por él fijadas no solamente no han sido desmentidas por los estudios más recientes, sino en algunos casos hasta confirmadas, si bien se les ha tratado de aminorar en sus connotaciones racistas y hasta cierto punto partidistas<sup>63</sup>, pues independientemente de la óptica política que se adopte en la consideración de los hechos o en su análisis posterior, aparecen delante de nuestros ojos una serie de factores concluyentes, incluso muchas de las veces al margen de la interpretación subjetiva, que se repiten de manera casi mecánica o al menos muy persistente, en la conducta de las multitudes y que vienen a coincidir de forma sorprendente con los mecanismos señalados por Le Bon.

(61) Sobre la posición de Polibio frente a este tipo de fenómenos, K. WELWEL: «Demokratie und Masse bei Polybios», *Historia*, 15 (1966), 282-301. D. MUSTI: «Polibio e la democrazia», *A. S. N. P.*, 36 (1967), 155-207 y D. MENDELS: «Polybius and the Socio-economic Revolution in Greece 227-146 B.C.», *L'Antiquité Classique*, 51 (1982), 86-110. Opiniones de Polibio sobre la masa en VI, 56, 10 y ss. y X, 25, 5.

(62) G. LE BON: *Psicología de las masas*, traducido en Morata. Madrid, 1983, 27 y ss.

(63) Sobre la crítica a Le Bon, MILGRAM y TOCH, art. cit., 544-545. Recientes consideraciones que casi sin quererlo adoptan sus puntos de vista, un ejemplo en J. BEAUCHARD: *La puissance des foules*. Presses Univ. de France. París, 1985.

Según el estudioso francés los tres mecanismos principales que mejor definen las propiedades fundamentales del comportamiento colectivo de la masa serían el anonimato, el contagio y la sugestibilidad<sup>64</sup>, y de una forma efectiva podemos rastrearlos en el objeto de nuestro estudio aquí: la multitud urbana de Alejandría, si nos atenemos de forma principal al testimonio que nos proporcionan los historiadores antiguos.

En primer lugar debemos destacar el sentido de anonimato de una multitud que parece haber actuado siempre como resultado de la simple agregación de todos sus miembros, sin que prácticamente nos quepa conocer en momento alguno su conducción por parte de la acción política premeditada de algún líder o grupo, de cuya posible actuación nuestras fuentes guardan un silencio absoluto. No fue este el caso por el contrario de la multitud urbana de Antioquía, de la que conocemos, aunque sólo sea de nombre, las personas de sus líderes destacados, a quienes por otra parte se atribuye un papel decisivo en el desarrollo de sus movimientos de revuelta. Es el caso de Hiérax y Diódoto, que al parecer fueron determinantes en la promoción de los disturbios contra Demetrio I, como lo muestran los deseos evidentes de venganza que el hijo del anterior, Demetrio II, llevó a cabo en su contra cuando se alzó con el poder, o incluso el caso del futuro rebelde macedonio Andrisco, a quien el propio Demetrio se encargó de quitar de en medio enviándole a Roma como prisionero, o del aspirante al trono capadocio Orofernes, al que hubo que encarcelar lejos de la ciudad, en Seleucia de Pieria<sup>65</sup>.

Conocemos igualmente en otros muchos lugares actuaciones premeditadas y conscientes de determinados personajes, algunos de cierta relevancia social, otros meros nombres, que ejercieron una influencia considerable sobre la multitud<sup>66</sup>. Por todo ello resulta digno de atención el hecho de que precisamente en el caso de Alejandría, para la que no existen testimonios en menor cuantía que para muchos otros lugares, no aparezcan siquiera mencionados de pasada los nombres de los líderes —si es que los hubo— en las actuaciones tumultuarias y sediciosas de su compleja multitud urbana.

Es cierto sin embargo que debió dejarse sentir en las acciones de la multitud la influencia notable de las querellas internas de la corte, bien fuese a través de la acción personal de algunos de los consejeros o de agentes reales al servicio de ciertos monarcas, como Cleopatra II o Cleopatra III. Igualmente resulta obvia en algunos casos la actuación de agitadores, como en la revuelta contra Agatocles, al servicio de su rival Tlepólemo, cuya actividad queda patente en las cartas que el propio Agatocles interceptó, que contenían muy probablemente instrucciones sobre cómo llevar a cabo

(64) LE BON, *op. cit.*, 35 y ss.

(65) Sobre Orofernes, Just. XXXV, 1 y ss. Sobre Andrisco, Diod. XXXI, 40 a y sobre Hiérax y Diodoto, Diod. XXXII, 9 c y Jos. *Ant. Jud.*, 13, 108.

(66) Sobre otros líderes populares, F. J. GOMEZ ESPELOSIN: *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del mundo helenístico*, Alcalá de Henares/Zaragoza, 1985.

la revuelta<sup>67</sup>. La existencia de pintadas en contra del consejero real por las calles de la ciudad, así como las reuniones clandestinas en las que se conspiraba en su contra, son también un claro signo de la actividad de grupos organizados que preparaban la revuelta, aunque no se nos precisa su exacta composición ni su identidad concreta<sup>68</sup>. Sí sabemos algo más en este sentido con ocasión de la rebelión contra Auletes, en la que Diógenes Crisóstomo menciona la existencia de unas *heterías* hostiles a Roma, a las que ya hemos aludido, bajo el nombre de *Simaristoi*, si bien tampoco nos desvela mucho sobre su concreta identidad<sup>69</sup>. De la misma forma en la rebelión contra César se alude en nuestras fuentes a la existencia de asambleas y reuniones en las que los líderes agitaban a la multitud<sup>70</sup>. Pero aún con todo ello permanece casi inalterable la condición anónima de las actuaciones de la multitud alejandrina, dado que los nombres de los mencionados grupos o líderes no han merecido la consideración suficiente como para quedar registrados en alguno de nuestros testimonios históricos, por escasos y fragmentarios que éstos sean.

Muy posiblemente las acciones y tramas aquí enumeradas se limitaron a avivar y encauzar de forma partidista e interesada un clamor popular ya existente con antelación a sus movimientos o al menos contemporáneo a ellos, dentro de ese peligroso caldo de cultivo que la multitud alejandrina representaba para encender en ella los furios de la rebelión. Lo que hicieron unos y otros —consejeros, agentes reales o camarillas aristocráticas— fue intentar sacar partido en propio beneficio o de sus valedores y desviar hacia los objetivos que coincidían con sus blancos de hostilidad una agresividad general, cuyas raíces profundas se nos escapan muchas veces por falta de datos, pero cuyas motivaciones más próximas y aparentes radicaban en la presión ejercida por unas condiciones históricas difíciles sobre un colectivo muy complejo desde el punto de vista étnico y social, sin que podamos precisar a ciencia cierta cuál de estos dos factores alcanzó una mayor relevancia en cada uno de los momentos, a la hora de constituirse como determinante de los tumultos. Resulta, por tanto, una labor prácticamente imposible tratar de dar forma concreta a «las caras de la multitud» —según la denominación de Asa Briggs— para de esta forma sentar uno de los puntos fundamentales que se han propuesto para el estudio de la conducta histórica de las multitudes<sup>71</sup> y en consecuencia debemos continuar operando en nuestro caso con ese multiforme agente histórico que fue la multitud alejandrina.

La desaparición del sentido de responsabilidad individual dentro del anonimato esencial que caracteriza a una multitud hace surgir en sus componentes una sensación de fuerza y poder casi invencibles, como ha

(67) Pol. XV, 29,6 y ss. WALBANK, *op. cit.*, II, n. 27 y 489, n. 10.

(68) Pol. XV, 27,3.

(69) Véase n. 50.

(70) Bell. Alex. 2, 2 y 3, 2-4.

(71) G. RUDE: *La multitud en la historia*, traducido en Madrid, 1979, 19.

señalado Le Bon, y esta clase de sensaciones debió sin duda prevalecer en el comportamiento colectivo de los alejandrinos a lo largo de sus muchas intervenciones en la vida de la ciudad. De hecho se daba una participación masiva en las revueltas, incluidas mujeres y niños, como nos recalca Polibio<sup>72</sup>. En este sentido hay que destacar el papel jugado por las mujeres en determinados momentos como con ocasión del incidente con la madre de Agatocles, Enante, en el templo, del que habían sido rechazadas aún a pesar de haber intentado consolarla de su estado de postración, o en la muerte de Filamón, el principal responsable del asesinato de la reina Arsínoe, al que dieron muerte golpéandole con piedras y palos tras haber penetrado en su casa de forma violenta, estrangulando a la vez a su hijo y arrastrando hasta el ágora a su mujer donde la lincharon<sup>73</sup>.

Debemos señalar finalmente por lo que se refiere a este punto cómo en los dos únicos casos que conocemos en los que existió la posibilidad de haber contado con un líder destacado, la multitud los abandonó a su suerte, al menos en uno de los casos, y representaron así sendos fracasos ambas iniciativas. En un caso, el del exiliado rey de Esparta Cleómenes III, por lo inesperado del intento, según lo destaca Polibio<sup>74</sup>. En el otro, el del estratega etolio Escopas, por su propia tardanza en ejecutar sus planes<sup>75</sup>. Sin embargo, es muy posible que ambos intentos fuesen contemplados por la multitud alejandrina como algo completamente ajeno, perpetrado desde fuera por unos hombres a quienes guiaban unas expectativas de poder que nada tenían que ver con la realidad de fondo del amplio colectivo urbano, y de hecho uno y otro intento aparecen como puras tentativas individuales sin ninguna pretensión de imbricar en las mismas a la multitud desde sus inicios. En la de Cleómenes todo discurrió por los cauces de una conjura particular y sólo se intentó echar mano de la multitud quizá como último recurso de apoyo ante las perspectivas que su sorpresiva intervención —habían dado ya muerte al gobernador de la ciudad— habían despertado en los rebeldes<sup>76</sup>. Por lo que se refiere a la tentativa de Escopas se nos indica claramente que basaba su confianza en los mercenarios etolios que se habían retirado hacia Egipto tras la batalla de Panión y que constituían al parecer un colectivo digno de tenerse en cuenta<sup>77</sup>.

Otro de los mecanismos apuntados por Le Bon es el del contagio. En base al estado de atención espectante favorable a la sugestión, en el que toda masa se halla enseguida, encuentran fácil cobijo en ella toda clase de noticias o infundios, que van paulatinamente adquiriendo carta de dogma o de ley y se convierten así en poderosos resortes de los acontecimientos

(72) Pol. XV, 30, 9-10.

(73) Pol. XV, 30, 10 y 29,8 sobre Agatocles, Pol. XV, 33, 11-12, sobre Filamón. Sobre el papel desempeñado por las mujeres en los disturbios, BEAUCHARD, *op. cit.*, 79.

(74) Pol. V, 39, 3.

(75) Pol. XVIII, 53-55.

(76) Sobre el episodio, GOMEZ ESPELOSIN, *op. cit.*, 308-311.

(77) Pol. XVIII, 53, 4.

subsiguientes en forma de disturbios colectivos o de grandes movimientos «ideológicos». De esta forma una leyenda o una simple alucinación colectiva se difunden y extienden entre la multitud «contagiándose» de forma progresiva de unos a otros hasta lograr una completa o casi total aceptación. En unos casos se trata simplemente de una mala información recibida o de su manifiesta incompreensión, sin embargo, en otros muchos ha sido la acción premeditada de ciertos grupos o personas la que se ha esforzado en la propagación del rumor, como trampolín de cara a la consecución de sus objetivos, ejerciendo de esta forma una consciente manipulación de la multitud<sup>78</sup>. Dejando a un lado las posibles exageraciones que puedan existir en las consideraciones casi «epidemiológicas» de Le Bon, queda fuera de toda duda la gran importancia que han jugado como detonantes de los estallidos de la cólera popular los rumores o las noticias exageradas, cuando no claramente manipuladas. Resulta difícil encontrar casos de revueltas o motines a lo largo de la historia en los que no se hayan dado en mayor o menor medida fenómenos de esta clase o de similares características. En muchos casos se nos indica expresamente que así sucedió, en otros su suposición resulta casi obligada a raíz de cómo discurrieron las cosas<sup>79</sup>. Algunos estudiosos han llegado en su estudio del fenómeno a tratar de delimitar su alcance e incluso las fases por las que atraviesa en el momento de su difusión, insistiendo en cómo la intensidad de un rumor está siempre en función de la combinación de otros dos factores, cual serían el interés despertado por su contenido y la ambigüedad de la situación en la que se plantea<sup>80</sup>. De todo ello encontramos numerosas constataciones y ejemplos en nuestro objeto de estudio.

De esta forma tenemos noticias de la existencia de rumores sobre la suerte corrida por la esposa de Filopátor, Arsínoe, que pusieron en la picota a Agatocles, al que todos apuntaban como responsable más directo<sup>81</sup>. De modo similar, en el mismo episodio, debieron ser los insistentes rumores que circulaban sobre la situación del futuro rey, Tolomeo Epífanés, los que propiciaron la concentración de la multitud en el estadio y en el ágora para solicitar su presencia, aunque sin duda tuvieron mucho que ver en ello los agentes de Tlepólemo y en general todos los que pretendían acabar con el gobierno corrupto de Agatocles, teniendo en cuenta además que ya contaban con un terreno abonado previamente por las sospechas que pendían sobre su persona. De hecho la revuelta adquirió enseguida dimensiones considerables, propagándose a la manera de un incendio,

(78) LE BON, *op. cit.*, 37 y ss. MILGRAM Y TOCH, *art. cit.*, 550-555.

Sobre la manipulación de los líderes, GOMEZ ESPELOSIN: «La manipulación de las masas como arma política en el mundo helenístico», *Revista de estudios políticos*, 45. Mayo-junio 1985, 165-176.

(79) Sobre la importancia y la función de los rumores, MULGRAN y TOCH, *art. cit.*, 538-539 y BEAUCHARD, *op. cit.*, 105 y ss.

(80) G. W. ALLPORT y L. POSTMAN: *The Psychology of rumour*. New York, 1947.

(81) Pol. XV, 25, 8 y ss.

como resalta el propio Polibio, debido a que unos a otros se iban contagiando el ánimo y el coraje necesarios para llevarla a término<sup>82</sup>.

Otro buen ejemplo, esta vez de un rumor intencionado de forma clara, lo encontramos en el intento de rebelión de Dionisio Petosarapis. Este hizo correr el rumor de que había sido solicitado por Filométor para llevar a cabo un atentado contra la persona de su hermano Fiscón, que gozaba del favor popular, pretendiendo con ello aprovecharse del descontento creado y de las disputas que existían entre los dos hermanos<sup>83</sup>. La iniciativa tuvo un éxito inmediato, debido posiblemente al prestigio de que gozaba Dionisio en la corte y entre la población indígena<sup>84</sup>, y enseguida se concentró la multitud ante palacio. Sin embargo, como ya hemos anticipado, las cosas se fueron al traste para los deseos de Dionisio cuando ambos hermanos aparecieron en público dando prueba de su aparente concordia, dejando así en evidencia la nula realidad de los infundios urdidos por Petosarapis.

Igualmente, debieron también jugar un papel destacado los rumores, en el cambio de consejeros reales durante el reinado de Filométor. El desprestigio de Euleo fue muy posiblemente avivado de manera interesada y partidista por sus rivales, Comano y Cineas, en medio del amplio descontento ya existente en el país a causa de las dificultades de toda índole que la invasión de Antíoco había acentuado, a la vez que encauzaban de este modo la hostilidad popular hacia el objetivo por ellos deseado<sup>85</sup>.

Es muy probable que se sirvieran igualmente del infundio y se preocupasen, por tanto, de difundirlo entre la multitud, los partidarios de Filométor que permanecían en la oposición al gobierno de su hermano Fiscón. En este caso además, dadas las dificultades que suponía atacar la persona del rey directamente, dada su popularidad entre una gran parte de los alejandrinos, dirigieron sus miras a quienes rodeaban al monarca, buscando el descrédito real de esta forma indirecta. Centrarón así sus ataques sobre la persona de Timoteo, explotando los agravios sufridos por sus víctimas —sobre todo los del ya citado Antípatro— y consiguieron de este modo que estallase una revuelta contra Fiscón. No debemos olvidarnos tampoco del papel desempeñado en estas acciones por la posición hostil de Cleopatra II en contra de su nuevo esposo, que debió de llevarle a utilizar seguramente esta clase de recursos. De hecho tenemos en nuestras fuentes sobre su reinado una cierta insistencia sobre la crueldad e ilegalidad de su gobierno, sobre todo a la luz del de su predecesor en el trono, Filométor, que muy posiblemente se hacen ecos de la campaña de desprestigio emprendida en su contra por sus abundantes enemigos, entre los que hay

(82) Pol. XV,29,4 ἄμα τῷ λαβεῖν ἀρχὴν τὸ πρᾶγμα ταχέως οἶον εἰ πῦρ ἐξέλαμπεν Pol. XV,30,3 οἱ δὲ παρεκάλουν ἀλλήλους.

(83) Diod. XXXI,15 α διέδωκε λόγον εἰς τὰ πλήθη...

(84) Diod. XXXI, 15 α ἰσχύων γὰρ μάλιστα τῶν περὶ τὴν αὐλὴν καὶ πάντων Αἰγυπτίων προέχων ἐν τοῖς κατὰ πόλεμον.

(85) MORKOLM, art. cit., 41, supone que sencillamente se limitaron a llenar el vacuum creado, sin que existiera oposición entre los mismos. En contra WILL, *op. cit.*, II, 317, admite la posibilidad de que fuesen adversarios.

que buscar precisamente nuestras fuentes de información<sup>86</sup>. Por último, dentro de este mismo reinado, podemos encontrar también un ejemplo de la difusión intencionada de una posible leyenda con el objeto de ganar así más fácilmente adeptos para su causa. Este fue el caso de Galaistes, el hijo del rey atamano Aminandro, quien se sublevó contra Fiscón argumentando como motivo justificatorio su pretensión de restablecer en el trono al hijo de Filométor que había quedado bajo su custodia. Tales rumores debieron alcanzar entre la multitud un eco considerable si atendemos al hecho, ya comentado, de que fueron necesarios todos los esfuerzos disuasorios de uno de los generales de Fiscón —incluidos los económicos— para desbaratar el intento<sup>87</sup>.

De nuevo debió ser el rumor en forma de infundio, extendido y propagado por Cleopatra III contra la persona de su hijo Tolomeo Soter II, uno de los medios que utilizó la reina para lograr que los alejandrinos le expulsasen del trono. De esta forma supo contrarrestar su favor inicial hacia la persona de su hijo y transformarlo en indignación ante su presunta actuación criminal, obteniendo con ello el objetivo buscado, que no era otro que el de tener a su lado al menor de sus hijos, más apto al parecer para sus intenciones de dominio. El hecho de que tengamos dos versiones sobre los hechos bien diferentes en nuestra tradición, cada una de ellas favorable a una de las partes en conflicto, puede ser muy bien el reflejo de la incertidumbre creada en la ciudad e incluso dentro de la propia corte a causa de la propagación de rumores sobre unos hechos que ya de por sí debieron ser bastante confusos en la realidad<sup>88</sup>. Del mismo modo resulta imaginable pensar en la existencia y funcionamiento de rumores en la revuelta contra Tolomeo Alejandro por su utilización del oro del sarcófago de Alejandro o en las que se produjeron contra Auletes y Cleopatra VII por haber contado con el respaldo romano, sobre todo si recordamos las decisivas intervenciones en los hechos de los Simaristoi en un caso y de Potino en el otro. Sí parece haber sucedido así con los intentos de Potino para desacreditar todas las tentativas de pacificación emprendidas por César, cuando se nos dice que trataba de presentarlas ante la multitud como una mera estratagema romana para entronizar a Cleopatra<sup>89</sup>.

Por último nos vamos a referir al tercero de los mecanismos señalados como es el de la sugestibilidad enorme de las masas, haciendo especial hincapié en algunas de sus inevitables secuelas como son la existencia de

(86) Diod. XXXIII, 12 *παράλληλος γὰρ ὁ τούτου τρόπος πρὸς τὸν τοῦ Φιλομήτορος θεωρούμενος οὐδὲ σύγκρισιν ἐπεδέχεται διὰ τὰς παρ' ἀμφοτέροις ὑπερβολὰς, τοῦ μὲν ἐπιεικείας, τοῦ δὲ ἁμόθητος καὶ μισφονίας.*

Que fuese la promotora de los disturbios Cleopatra II lo piensa Will, op. cit. II, 437.

(87) Diod. XXXIII, 20.

(88) Las tradiciones que representan Justino y Pausanias se inclinan del lado de Soter, mientras que la representada por Eusebio lo hace por Cleopatra. SALOMONE, op. cit., 96-97.

(89) Dio. Cas. XLII, 36, 2.

una sensibilidad emotiva especialmente aguzada y ciertos destellos de irracionalidad y violencia<sup>90</sup>. Le Bon achaca el motivo de esta forma de comportamiento al predominio del inconsciente en la masa sobre cualquier clase de razonamiento. De esta forma, al responder a todo tipo de estímulos procedentes del exterior, provocará acciones extremadamente crueles o generosas, dependiendo siempre del carácter que tengan las correspondientes excitaciones. Esto hace que las masas sean extremadamente móviles y se produzcan en ellas de repente bruscos cambios que las hacen pasar de la ferocidad más atroz al heroísmo más absoluto, lo cual en el fondo las hace muy difíciles de gobernar, sobre todo cuando ha caído en sus manos una parte de los poderes públicos. Quizá hay que dejar algo en suspenso en estas observaciones su incidencia en la parte fundamental que concede a la raza, como «el suelo invariable en el que germinan nuestros sentimientos», sin embargo, por lo que atañe al resto de las mismas, hallan una constatación evidente en ciertas actuaciones de la multitud alejandrina.

Se podrían mencionar aquí como buenos ejemplos de esta clase de comportamiento ciertas intervenciones violentas de la multitud, algunas de ellas con ciertos visos de salvajismo, como las que tuvieron lugar en la revuelta contra Agatocles. La forma en la que fueron asesinados tanto el propio Agatocles, como su hermana Agatoclea, su madre Enante y los restantes miembros de su camarilla presenta sin duda estas características. Según el relato de Polibio, tras haber sido entregados a la multitud por la guardia macedonia, fueron lanceados, acribillados, mordidos, pinchados, se les sacaron los ojos y se les quebraron los miembros, se desnudó a las mujeres y se las arrastró, recibiendo de este modo todo el impacto frontal de la cólera y el furor de una multitud desbocada<sup>91</sup>. Dentro de los mismos acontecimientos hay que situar también la venganza de las mujeres contra Filamón y su familia, siendo ambos hechos una muestra clara de la violencia y brutalidad a la que podía llegar la multitud alejandrina. El propio Polibio lo recalca al final del citado pasaje, atribuyéndola fundamentalmente al elemento egipcio de la misma, y en esta misma línea fueron también señalados por Fraser como buenos ejemplos del salvajismo característico de «the Alexandrian mob», en una época en la que el componente indígena había empezado a imponerse de forma clara<sup>92</sup>.

Otras muestras evidentes de esta violencia elemental las volvemos a encontrar en la quema del palacio de Fiscón en el 131, en el derribo de sus estatuas por toda la ciudad cuando se tuvo noticia de su venganza sobre su hijo y de su campaña contra Egipto, o en los asesinatos de Tolomeo Alejandro y de su hijo Alejandro II. La anécdota del linchamiento del soldado romano, ya referida, podría igualmente figurar también en este apartado.

Todas las acciones mencionadas fueron sin duda el resultado al que

(90) LE BON, *op. cit.*, 35-37.

(91) Pol. XV, 33.

(92) Pol. XV, 33, 10-11. FRASER, *op. cit.*, 1, 81-82.

abocaron situaciones de una tensión extrema, que habían sido motivadas por factores de muy diversa índole. Sin embargo, destacan de forma especial entre ellos aquellos cargados con un fuerte componente de índole emocional. En este sentido debemos recordar aquí la conocida devoción popular de los alejandrinos hacia las personas de algunos de sus monarcas, llegando en algunos casos a la deificación, como sucedió con Arsínoe Filadelfa, la esposa de Tolomeo II<sup>93</sup>. Por ello el mal trato dispensado a algunas de ellas, como en el caso de la familia de Filométor, o su asesinato descarado, como los de Arsínoe III, Cleopatra III o Berenice III, fueron detonantes muchas veces decisivos de la indignación popular y terminaron en las acciones brutales arriba mencionadas.

En algún otro caso nos hallamos ante motivaciones de esta clase que tienen sus raíces en la tradición o en cierto tipo de sentimiento religioso, como parecen ser el descontento suscitado por la acción de los partidarios de Agatocles contra la suegra de Tlepólemo, sacada a la fuerza del santuario de Deméter del que quizá era sacerdotisa, y el provocado por la ya mencionada acción de Tolomeo Alejandro de utilizar el oro del sarcófago de Alejandro para pagar a sus tropas. Incluso el episodio del gato podría encontrar también aquí su lugar.

Tanto en unos casos como en otros se ponen de manifiesto los sentimientos elementales y a la vez exagerados, que sobre todo en el caso de masas muy heterogéneas —como es nuestro caso—, daban lugar a una violencia casi sin límites, acentuado ello por la sensación de impunidad y de poder que les proporcionaba la total ausencia de responsabilidad<sup>94</sup>. Es, además, muy posible que esta muestra de irracionalidad, desplegada ante la crisis creada, sirviese hasta cierto punto para enmascarar la intencionalidad de los diferentes movimientos, hasta el punto de que no se llegó a elaborar ninguna clase de proyecto común y no fueron a menudo otra cosa que la simple erupción colectiva y frágil, a merced de los acontecimientos externos<sup>95</sup>.

Por lo que respecta a la otra clase de acciones, en las que predominaba el componente positivo y generoso, capaz de conducir a la masa a la realización de hechos heroicos, debemos señalar el ascendente sentimiento de carácter patriótico y nacionalista del que hizo gala la multitud alejandrina en determinados momentos y especialmente en los últimos días del período tolemaico. Ya habían hecho su aparición esta clase de sentimientos con ocasión de la invasión de Antíoco IV, cuando su reacción fue proclamar como rey a Tolomeo Fiscón frente a un Filométor, de cuyo comportamiento cabían grandes dudas en este respecto por su posible capitulación ante el monarca seleúcida. Será, sin embargo, a partir de la intervención romana de forma directa, a través de Sila en el 81 para entronizar a Tolomeo Alejandro II, cuando comenzarán a hacer su

(93) FRASER, *op. cit.*, I, 118.

(94) LE BON, *op. cit.*, 44.

(95) J. ELLUL: *De la révolution aux révoltés*. París, 1972, 313 y ss.

aparición de modo sistemático y continuado. La defensa a ultranza de una monarquía que iba entrando progresivamente en un proceso de descomposición acelerado y la oposición frontal a los soberanos impuestos por Roma o que contaban con su apoyo, como el caso de Alejandro II, Auletes o Cleopatra VII, son buenas muestras de lo que decimos. Algunos detalles significativos que apuntan en la misma dirección bien podrían ser también sus intentos de reforzar la monarquía mediante la búsqueda del consorte adecuado para la hija de Auletes o la indignación suscitada por el desembarco de César en la ciudad precedido en su desfile por los lictores, porque constituía a sus ojos un menosprecio evidente de la majestad real. Muy posiblemente en esta oposición a Roma no existieron motivaciones de carácter étnico, como ha señalado Fraser, y fueron más bien razones de tipo político las que la condicionaron<sup>96</sup>, lo que nos lleva a tomar en cuenta la existencia de fuertes sentimientos patrióticos entre los alejandrinos, que les impulsaban a rechazar con energía todo intento de intrusión exterior. Posiblemente debemos dudar de la completa nobleza y del puro idealismo que suele rodear este tipo de concepciones para considerar presentes en sus motivaciones otra clase de intereses mucho más elementales y rastroseros. Una vez más la heterogénea composición de la multitud urbana tuvo mucho que ver en el afianzamiento creciente de este tipo de razones. Aunque no le concedamos absoluta carta de documento oficial a la descripción de César ya mencionada sobre la composición del ejército alejandrino, debieron de contarse entre sus miembros muchos de los elementos dispares y marginales a los que alude César, que habían hallado un refugio adecuado entre la ingente y multiforme masa urbana de la capital y no deseaban por ningún motivo que se produjese un cambio de dominio en el país, y especialmente de Roma, por el notorio detrimento en sus intereses que ello podría significar.

#### 4. CONCLUSION

Nos encontramos aquí ante un típico —aunque quizá no tópico— fenómeno de masas dentro de un período en el que éstas desempeñaron un papel preponderante en el acontecer histórico del momento, e incluso decisivo en algunos casos. En las páginas que preceden hemos intentado analizar los patrones de conducta de este peculiar agente histórico, sin olvidarnos de la necesidad imperiosa e ineludible de situar su comportamiento dentro del correspondiente contexto histórico. Somos conscientes de lo peligrosas que resultan toda clase de generalizaciones y, más especialmente, si se realizan sobre un objeto de estudio tan informe y falto de concreción específica como es una multitud urbana, teniendo en cuenta además nuestra ignorancia, en muchos casos fundamental, de muchas de las circunstancias concomitantes que rodearon los hechos debido a la escasez

(96) FRASER, *op. cit.*, I, 90.

de datos. Sin embargo, creemos que puede resultar justificado el intento de llevar a cabo una aproximación diferente a nuestra documentación, con la esperanza de poder obtener de ella otra clase de respuestas, diferentes en alguna medida de las que hemos venido obteniendo habitualmente.

La importancia que el estudio del comportamiento colectivo ha ido adquiriendo y la consideración cada vez mayor de las masas como verdaderos agentes de la historia son cada día más notorios y aparecen bien ilustrados por numerosos estudios al respecto que parten de forma indefectible de la Edad Media y vienen a centrarse especialmente en los tres últimos siglos de nuestra historia<sup>97</sup>. Mientras tanto el mundo antiguo ha sido dejado al margen de esta clase de consideraciones, bien sea de forma intencionada o no, como si no tuviese que ofrecer ninguna aportación a las reflexiones que se obtienen de esta clase de estudios de cara a un mejor conocimiento de la conducta humana. En algunos casos quizá porque no se le ha considerado el marco idóneo para que se produjesen esta clase de fenómenos, dado el ámbito reducido en el que se desarrollaba por lo general su acontecer histórico, en otros posiblemente por la apatía producida hacia una época en la que se asociaba cualquier clase de movimiento popular a las revoluciones de esclavos, sobre todo a partir de un cierto esquema de la historia bien conocido.

Sin embargo, aún contando con la muy probable ausencia de verdaderos movimientos de carácter revolucionario durante este período, nos encontramos con casos como el de Alejandría, que nos presentan un comportamiento colectivo muy particular en el que intervienen multitud de factores y de condicionantes de muy variada índole que merecen nuestra consideración atenta si es que pretendemos incluir en el ámbito de nuestro conocimiento todas las posibles variedades que el comportamiento humano nos ha venido ofreciendo a lo largo de la historia, y más en este caso si proceden de una época lejana en el tiempo, en la que no imperaban los mismos patrones de conducta que quizá los de otras más recientes, que nos resultan por ello mejor conocidas y no nos invitan en consecuencia a una reflexión tan a fondo. La historia de la agitación popular en Alejandría desde finales del siglo III hasta casi las postrimerías del siglo I constituye así un fenómeno digno de atención desde este punto de vista. Una ciudad peculiar, con una población igualmente especial en cuanto a su constitución y composición, situada a la cabeza de un país enorme con una tradición milenaria a sus espaldas, esencialmente rural en su organización, y que se convirtió en la capital de un reino cuya fastuosidad y riqueza eran

(97) Destaca en este sentido el conocido estudio de G. FOURQUIN, *Los levantamientos populares en la edad media*, PUF, traducido en Madrid, 1976. Igualmente célebre es *Furores campesinos*, de R. MOUSSNIER, París, 1967, o la obra de N. COHN, *En pos del milenio*, traducida en Alianza Universidad, Madrid, 1981. Para la historia más reciente podemos recurrir a R. DAHRENDORF, *Class and Class-Conflict in the industrial Society*, Stanford, 1959, al ya mencionado libro de RUDE o las conocidas obras del historiador Eric HOBBSBAWM, en cuyas páginas se hallaran referencias más completas.

casi paradigmáticas, vio desarrollarse en su interior un poderoso movimiento popular sin directrices aparentes y a merced de los caprichosos vaivenes de la intriga cortesana —la «revolution fête» de la que habla Cl. Préaux— en el que, sin embargo, se dieron unas constantes que sí se pueden explicar en gran parte con referencia a un patrón de conducta genérica de las multitudes de todos los tiempos, aunque tienen también, no obstante, profundas raíces en las circunstancias históricas concretas de esos momentos. Una monarquía en decadencia lenta y prolongada, desgarrada por los conflictos internos de la corte, por sus rivalidades personales, por la injerencia extranjera, especialmente de Roma, y con un país cuyos problemas internos aumentaban de día en día con el inevitable descenso económico que ello significaba. Enfrente una multitud urbana deseosa de continuar disfrutando de la peculiar «clientela» que mantenía con relación a su rey, que había generado una costumbre casi inveterada de intervención en los asuntos de estado, produciendo tanto en las tropas como en la propia multitud un estado continuo de alerta y efervescencia dispuesto siempre a dispararse cuando algún factor externo o de origen interno ponía en peligro o alteraba sustancialmente esta situación tan inestable y explosiva.

Alcalá de Henares, noviembre de 1985